

Patricia Noguera*

MODERNIDAD, CULTURA Y DIVERSIDAD** (Hacia una Fenomenología de la reconciliación)

"Hace ya demasiado que se usa lo divino para toda cosa; una ingrata y taimada raza abusa de las fuerzas bienechoras del cielo y cree saber la hora" Hölderlin.

A los "quinientos años del descubrimiento de América", del "encuentro de dos culturas", de "historia de una cultura de síntesis", del "encuentro de dos mundos", de procesos conflictivos de mestizaje, de lucha, y de una serie de fenómenos analizados por los más lúcidos hombres de ciencia, y mientras se ha celebrado el día mundial del Medio Ambiente en todas partes, se reunieron en Brasil (Río de Janeiro UNCED) los presidentes de más de cien países para debatir un problema que es el problema esencial no sólo del hombre como ser natural, sino de todos los habitantes de la tierra, de la tierra misma: el problema del habitar, del existir.

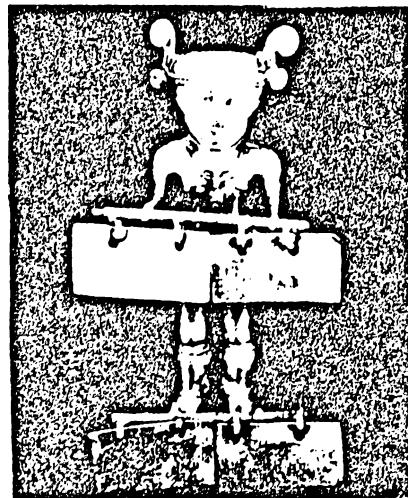
Este artículo presenta una reflexión sobre la cultura mirada como manifestación esencial de la existencia, como diversos modos de relación entre los seres que habitamos la tierra y como punto de discusión y propuesta frente a las acciones emanadas de un tipo de cultura que ha reducido el concepto de cultura al de arte, y que ha separado las diversas racionalidades que están en la base de las políticas,

economías y formas sociales de vida, según los intereses de sectores, clases o grupos humanos. Por ello nos detenemos en la cultura moderna y los procesos de modernización, para mirar de una forma crítica las perspectivas que desde la misma Modernidad en su sentido lato o en su sentido restringido puede ofrecernos dentro del panorama de crisis que atraviesa la tierra hoy día.

La modernidad implica la renuncia autoconciente al mundo sagrado y el paso al mundo profano y cuantificable. El sentido del mundo preciso establece la ruptura de la razón con lo sagrado. Esta separación, que se había iniciado con el fenómeno humano de la construcción de mundo simbólico, no había llegado a la autodefinición de sus propios límites. La integralidad de lo sagrado y lo profano, estaba dada por el hombre que en su ser en sí pertenecía a los dos mundos. El mito era una categoría o grado de verdad, que por su carácter inexplicable consolidaba esa estancia-umbral entre los dioses y los hombres.

En la Edad Media, la "obra negra" de la ciencia moderna, la alquimia tiene esos dos componentes; el experimento abre las puertas a la verdad, pero es lo mágico el espíritu que aliena dicho conocimiento. La alquimia

Colgante
antropomorfo
con rasgos quimbayoides.



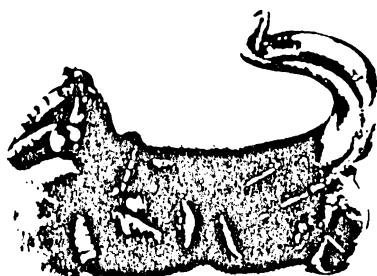
*Profesora Asociada
Universidad Nacional
**Artículo elaborado como parte
de la conceptualización para el
proyecto "Alternativa Cultural para
el fenómeno de la droga en
Manizales".

es una manera de ascender a lo sagrado, a través del experimento natural. La naturaleza porta lo mágico; el hombre porta la capacidad de dirigir el experimento y de asombrarse frente a los resultados.

El arte renacentista, si bien es un momento fulgurante de la normatividad estética, sirve esencialmente como puente para llegar a la perfección que está en el ámbito de lo sagrado. Es con la matematización de los fenómenos del mundo natural encontrada en los trabajos de Galileo Galilei y con el descubrimiento cartesiano del *cogito ergo sum*, que Europa construye su modernidad, cuya base es la razón subjetiva y que Hegel la define como un movimiento constante de la conciencia hacia la autoconciencia (autorreflexión) en una temporalidad que se construye desde sí misma (*historia*)¹. Con este concepto de modernidad, Europa inicia sus procesos de modernización dentro del movimiento mismo de la historia particular de las naciones y de la historia general del pensamiento.

Con el imperio normativo de la razón se da entonces, nacimiento a la separación entre fe y saber, mito y verdad, sueño y realidad. La conciencia de la separación de lo sagrado, es también la conciencia de su ausencia. Desde ese momento en adelante, se vislumbra en la cultura occidental signada por la racionalidad, el deseo de construir ese paraíso perdido por la renuncia, aquí y ahora. La conciencia del tiempo: la historia, comporta para el hombre de la modernidad dos elementos fenomenológicamente opuestos entre sí: uno es la posibilidad de basar las ideas políticas, la economía, el arte, la moral, la ciencia y la técnica, en los principios soberanos de la razón, según versan los prin-

cipales postulados de la Ilustración Francesa, del pensamiento científico a partir de Galileo y Newton, la idea de razón en Emmanuel Kant, y, en general, la ideología burguesa. El otro, es el sentimiento de nostalgia por atmósferas inexplicables desde el discurso lógico; el deseo de penetrar en el ensueño a partir de la música, la literatura y la necesidad de absoluto que interpreta muy bien el "espíritu romántico" a través de la obra de Hölderlin, Goethe, Schiller, Beethoven, Liszt o Balzac.



Lám. 5. Colgante en forma de animal con cola levantada. Valle medio del río Cauca.

la razón, que a partir del siglo XVII no es la razón del ser, como lo veían los griegos o los renacentistas, sino la razón del hombre; éste se convierte en el "sujeto": en el que "soporta", "sostiene" o fundamenta el mundo a la inversa del concepto de sujeto antiguo o "subjectum" que era el ser, al cual pertenecía entre otros entes, el hombre.

Occidente es, el imperio de la razón centrada en este nuevo concepto de sujeto; su convencimiento de ser portador de la civilización condujo a que los representantes de esa cultura, sobre todo en el siglo XIX fueran optimistas del continuo progreso que tales hechos presentaban. Sin embargo, la razón centrada en el sujeto moderno, comenzó su explicitación histórica a través de las formas culturales que tenían como base las diversas racionalidades: construcciones normativas de gran coherencia interna y cuyos fines eran determinados por el sujeto² dueño de esa racionalidad. De esta manera se fueron conformando las diversas teorías sociales, económicas, políticas, éticas y estéticas, que han incidido radicalmente en la conformación de los procesos de modernización y que han mostrado, también, las contradicciones o aporías esenciales de la razón subjetiva.

En una perspectiva hegeliana, "la caída" -es decir, la entrada del ser en la conciencia y por tanto en la temporalidad (*historia*) y la finitud- representa el momento en que la conciencia comienza un movimiento que busca siempre la reconciliación entre la corporalidad (tiempo) y el espíritu (eternidad). Las diversas formas de manifestación de las posiciones de la conciencia son los diversos momentos de la historia.

La modernidad es, entonces, la puesta en movimiento de la caída definitiva, de la separación originaria iniciada por la construcción de la cultura. La decisión del hombre de renunciar a lo sagrado, está dada por la confianza plena en sí mismo. En

Estas se han manifestado en las incisantes debilidades de la razón subjetiva autorreguladora, como lo manifiestan los autores de la "Dialéctica del Iluminismo" cuando presentan el fracaso de la razón política burguesa que liderara la Revolución Francesa, o los límites y reducciones de la razón científica, así como también lo muestra Husserl, en su Crisis de las Ciencias Europeas al analizar cómo la racionalidad con arreglo a fines (el objetivismo ingenuo o el

idealismo absoluto p.e.), desconoce el sentido trascendental de la subjetividad en el caso del objetivismo ingenuo, o de la experiencia en el caso del idealismo absoluto.³

La estética romántica del siglo XIX es la primera actitud espiritual que comienza a intuir la debilidad de la razón instrumental científista. El desencanto comienza con la actitud intuitiva de centrar lo estético en el sujeto psicológico y de buscar, por medio de la ensñación y la melancolía, la fuga, la huída hacia el "paraíso perdido" que es constituido por lo inexplicable. El escepticismo radical frente al progreso y al desarrollo tecnológico según las ideas de la Ilustración, la búsqueda de lo regional a través de la investigación folklórica, en el campo de la música, la literatura, las artes plásticas y la arquitectura, el sentido de fugacidad manifestado en la estética impresionista, el rescate de "lo cotidiano" como tema, frente a las formas clásicas del XVIII, la reivindicación de la sensibilidad individual, entre otros, son elementos fundamentales sobre los cuales se construye el romanticismo, cuyo fin es la reconciliación desde el arte, de lo escindido desde la ciencia moderna: la reconciliación entre el mundo sagrado y el mundo profano. La oda de la Alegría de Schiller, que Beethoven toma como texto para el cuarto movimiento de su Sinfonía #9 Coral, opus 127, es la manifestación de la esperanza a través de la realización del ideal universal de la fraternidad y la comprensión, es decir de la reconciliación.

La estética romántica, que es más una actitud espiritual, expresa entonces esa conflictiva oposición de los momentos de una misma cosa: de la modernidad en su

forma positiva: actualidad, y en su forma negativa: fugacidad. La actualidad se expresa en el acentuamiento de la subjetividad individual, en el dominio de ésta sobre el mundo y en el sentido de lo profano manifiesto en lo "cotidiano". La fugacidad se expresa en la huída al pasado (nostalgia) o al futuro (utopía); en el sentimiento y la necesidad de lo absoluto, es decir de lo inexpresable y en el refugio encontrado en un mundo que estaría "afuera" del mundo del aquí: el mundo poético y de la ensñación.⁴

El delirio ensñador del romanticismo es al mismo tiempo lucidez que se adelanta a su tiempo y que profetiza, como lo dirá Nietzsche al final del siglo XIX, la necesidad de un cambio radical, donde la razón y el mito vuelvan a encontrarse, a manera de Belleza y Verdad.⁵

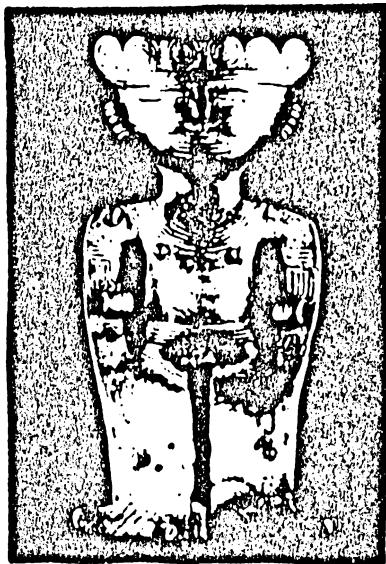
Las acciones históricas de los pueblos pertenecientes a la cultura moderna durante nuestro siglo XX, han mostrado también la complejidad del desarrollo de la racionalidad como esencia de la modernidad. Las guerras, los etnocidios y magnicidios, la destrucción de la naturaleza y, en general, del medio ambiente, la violación incansante de los derechos tanto de los hombres como de las demás especies, la lucha constante por construir leyes para ordenar los pueblos y su constante violación, nos han mostrado, que las racionalidades científicas, éticas o económicas, no han sido suficientes para comprender a las mismas comunidades; no son de ninguna manera omniabarcantes, totalizadoras, como ellas mismas han querido serlo. En mayor o menor grado, el dominio de los propósitos de estas racionalidades han generado sistemas totalitarios, que no han permitido lo

que las racionalidades que los constituyen se han propuesto con respecto al hombre; es decir, no han bastado para responder al mismo postulado humanista. Si el hombre ha sido la medida de algunos de los presupuestos de esas racionalidades, no ha sido el hombre como ser genérico, como ser natural y racional; ha sido un hombre muy concreto, con nombre propio. Ha sido un hombre escindido y unidimensional.



El humanismo como ideal supremo de los griegos, como espíritu renacentista, como esencia del conocimiento, se deforma al concentrar la atención de la idea de progreso, en el aspecto material únicamente y olvidar que la totalidad está en el ser y no en la razón humana. Por ello, la cultura occidental moderna, explicitada en sus procesos de modernización alejados muchas veces de la esencia misma de la modernidad: la crítica permanente, no alcanza a abastecer las necesidades propias del ser y se convierte en portadora de los deseos de dominación de un sec-

tor social, de una intencionalidad concreta, que utiliza el discurso lógico y de la evidencia como instrumentos para dominar y no para liberar.



Un ejemplo claro lo tenemos cuando miramos los postulados fundamentales del capitalismo moderno en cualquiera de sus formas ideológicas de concretización, y la excelente crítica realizada por Marx en su filosofía.

El socialismo inmediatamente se concretiza en grupos sociales, se ideologiza y se reduce a un esquema instrumental muy conveniente para sectores sociales ansiosos de poder. La libertad social basada en las ideas de igualdad y en la utopía de la relación hombre naturaleza, pasa a ser una "libertad" restringida, para una clase social que inmediatamente asume, desde su intencionalidad unidimensional el poder político, como había sucedido y sigue sucediendo, de manera análoga en el capitalismo.

La razón en su forma instrumental se convierte en una especie de perversión, dado que siempre existe un inverso a ella. El mundo visto desde la racionalidad instru-

mental, es un mundo en espejo, es una especulación, una imagen que no es la real.

La constitución de mundo desde cada una de las racionalidades con arreglo a fines que han determinado los diversos modelos de "modernización", generan falsos sentidos de mundo, falsas imágenes, "disgregaciones" irreconciliables" del ser, compartmentación de la totalidad.

La manifestación de estas perversiones, de esta disgregación o escisión, es la neurosis occidental. Esta es la nostalgia por lo sagrado. Su ausencia implica la presencia de un demiurgo aciago con el que el hombre se identifica; un diosecillo inoportuno que le está recordando al hombre la existencia de otro ámbito del ser, que no es precisamente la razón instrumental.⁶ La inhumanidad, o, dicho de otra manera, el dolor del hombre abandonado de lo sagrado por decisión propia, es expresada por George Steiner en una frase que nos debería hacer pensar a los colombianos: "La adormecida prodigalidad de nuestra familiaridad con el horror es una radical derrota humana".⁷ Es decir, la derrota de la razón que renunció al derecho de lo sagrado. Sin embargo, en el movimiento real de la cultura moderna, ella misma consciente de su escisión, se da la exigencia, también real, de reconciliación, que como lucha, a veces se manifiesta en su forma negativa: autodestrucción. Al respecto Steiner dice:

"Pero aquella exigencia continúa estando en vigor... inmensa, inexorable. Castiga como un martillo a la conciencia humana para pedirle que se trascienda, que alcance la luz de una comprensión tan pura que es ella misma cegadora. Así retornamos a la grosería, a la incivildad. Y, lo que

es más importante, al autorreproche. Porque el ideal está aún presente".⁸

La reconciliación consiste entonces en un cambio radical donde el hombre, por decisión propia, renunciaría a la separación de la cual la conciencia de la razón, fue origen. Lo humano sin lo sagrado no es humano. Por ello, renunciar a dios, también fue renunciar a la naturaleza como origen del hombre. Ello explica la superioridad que el hombre moderno ha creído tener sobre la naturaleza, olvidando que la razón humana es un momento del ser y que por tanto debe estar a su servicio y no ser el centro. Ello, desde los conceptos de soberanía y enajenación cultural, que actualmente se han venido constituyendo, a partir de la crisis de la modernidad que ha llevado a la perversión de valores, nos permite vislumbrar cómo la creencia del hombre en su superioridad frente a la naturaleza a causa de su racionalidad, ha hecho que el sentido de soberanía sea confundido con el de enajenación. El concepto de soberanía en la modernidad, está ligado según Kant, a ejercer el derecho a pensar, derecho otorgado por la mayoría de Edad de la razón, que es la Ilustración. Sin embargo, esa soberanía rápidamente se convierte por la Dialéctica de la Ilustración misma, en enajenación. La racionalidad, explicitada a través de teorías políticas, económicas, éticas, estéticas o científicas, es convertida por el mismo hombre, en formas de tiranía más o menos refinadas, pero todas, determinadas por unos fines específicos y no por ese telos universal propuesto como tarea autorresponsable de la razón.

La modernidad nace endeble: la razón autorreguladora es ya una aporía. Si la razón se normatiza

a sí misma, ella, la normatizadora, debe estar fuera de la normatizada; ésta contradicción que ya vislumbran los autores de la Dialéctica de la Ilustración hace que la crítica a la modernidad entre en duda acerca de ella misma; sin querer renunciar a la razón, el discurso filosófico de la modernidad, plantea ya una crítica a la razón centrada en el sujeto, por la egolatría que de ésto se deduce y se explicita en la historia moderna.

Veamos. Cuando Europa "descubre" a América, ya está signada por la escisión, la melancolía del paraíso perdido y una racionalidad que le ha permitido dimensionar el mundo. Un viaje como el de Colón no se hubiera oficializado en un estado feudal puro. La necesidad de expansión comercial, se había convertido ya en una necesidad oficial. Poseedores de un patrimonio cultural centrado en el dogma y la unidimensionalidad de la verdad, los europeos nunca reconocieron realmente, la diferencia con la cultura americana. Ellos llegaron como "cultura soberana" a buscar riquezas dentro de lo que para ellos significó "culturas enajenadas". Sin embargo, la realidad era muy diferente: Las culturas americanas, no habían sufrido la escisión en la misma magnitud y radicalidad que las culturas europeas. Las culturas americanas esperaban la llegada de los dioses; la europea buscaba un territorio para la caída. Todas las actividades de los Mayas, por ejemplo, estaban destinadas a preparar la llegada o el contacto con los dioses. La finalidad colectiva era una. Todos los pasos que permitieran el contacto con los dioses eran rituales de liberación; se buscaba entrar en lo sagrado. El consumo del yagé y el peyote, en Amazonas y México, o la hoja de coca en los Andes, significaban ritos de consagración, o sea

penetrar en el mundo sagrado. Esa además sigue siendo la sabiduría, en las culturas diferentes a la cultura occidental. Inversa es la sabiduría en la modernidad. Esta consiste en la salida de lo sagrado a lo profano. Y lo profano, como su nombre lo indica, es la pérdida de la trascendencia. Desde esta perspectiva, y en grados, la cultura occidental que llega a América es una cultura enajenada y la cultura precolombina es, también en grados, tendiente a la soberanía.



Ernst Barlach
Fausto: «Noche de Walpurgis»
Grabado en madera. 1923

Dentro de esa diferencia, que establece un contexto bastante complejo, los rituales de los pueblos aborígenes, que permiten el establecimiento de contactos con la divinidad, son asumidos por la moral cristiana como demoníacos, y por la cultura del mercado, como elementos nuevos para vender en Europa; dentro del utilitarismo del comercio burgués, los alucinógenos, por ejemplo, son rápidamente utilizados como mercancía, a partir del siglo XVI. Mientras en América éstos constituyen el puente de unión entre el hombre y dios, o sea, son

objetos sagrados, en Europa, son vistos como medio de enriquecimiento económico. Esto sucede, por ejemplo con la coca. "El consumo de la coca como narcótico constituye uno de los pilares culturales de las sociedades indígenas. Según sus leyendas, la coca tenía un origen divino.

Pérez de Barradas afirma que "la masa del pueblo miraba la coca como un objeto sagrado y digno de admiración". Los sacerdotes de Bochica la usaban como anafródisiaco y para prolongar sus ayunos, y en el Perú su cultivo era privilegio de los Incas, los Hijos del Sol. La mezcla de lo divino y lo erótico en la coca, radica en que, según la leyenda, por voluntad de los dioses la primera planta de coca germinó en el cuerpo muerto de una bella cortesana.

A la coca los indígenas le atribuían todas las virtudes y bondades. Por ello, bajo el imperio de Mayta Capac, el cuarto inca, su esposa, la reina, por sus atributos y cualidades excelsas, era llamada por el pueblo, la reina de la coca.⁹

Con el modernismo comercial, introducido por los europeos en Colombia, los objetos cambian de significado. Los sagrados pasan a ser mercancía disponible.

El sol, la luna, las plantas, los animales, el oro, los metales, y la incalculable fauna y flora (que se trató de calcular con la expedición Botánica), pasaron de ser seres respetados, temidos, admirados y amados por los indígenas, -quienes a través de sus leyendas mostraban la idea de ser copartícipes del todo, de la divinidad a ser recursos para la explotación y enriquecimiento de los europeos. Las ideas del humanismo ilustrado, que durante los últimos años de la colonia en nuestro

país y durante la época de la constitución de la República, penetraron por medio de la alta burguesía criolla, educada en Francia e Inglaterra, contribuyeron profundamente a la reducción del concepto de naturaleza al de recurso, y en la objetivación del mundo para fines de un sujeto político-económico burgués.

Esta subversión y perversión de valores, establece la escisión cultural de nuestros pueblos dado que se da el paso, forzado y extraño, de lo sagrado a lo profano, paso que ha producido en nuestras culturas un desconcierto que aún no ha terminado.

El espíritu renovador de la modernidad, penetra a Colombia deformado, como una serie de modelos que llamaremos de modernización y que vienen plenos de una intencionalidad que se ha distanciado en mayor o menor grado, de su origen, por los fines políticos, éticos, económicos y arquitectónicos de corte utilitario. La modernidad, reducida a su "forma", es la normatividad fría y calculante donde "el fin justifica los medios". La modernidad se escinde también en su interior, sufriendo el mismo proceso de

separación entre "forma" y "espíritu". Comienza a medirse por la vía de lo cuantificable, lo que explica que rápidamente, la historia se convierte en una sumatoria de hechos, el progreso, en una sumatoria de avances económicos y transformaciones urbanas visibles, y la sabiduría en una sumatoria de conocimientos ilustrados. La ciencia moderna se preocupará por descubrir y experimentar incesantemente y la tecnología, por crear nuevos artefactos, estableciéndose una mayor distancia entre el hombre y la naturaleza; la artesanía pierde su significado, frente a la rapidez y productividad económica de los objetos en serie. Aparece una gran tendencia homogeneizadora, que se refleja en los procesos de urbanización que, en Europa, corresponde al surgimiento de la industria, elemento que aglutina a más del 80% del campesinado inglés y francés desde finales del siglo XVIII. Los barrios de obreros de Londres durante el siglo XIX, ya se construyen con conceptos profanos: en serie y con un sentido muy práctico de especulación del suelo. Se pierde el sentido del espacio humanista que había sido expresado de manera tan armoniosa en la arquitectura griega y renacentista; se pasa a una arquitectura funcionalista, que radica su valor en este aspecto, descuidando la riqueza de elementos que hacen de una obra arquitectónica una Obra.

La emergencia suscitada por los problemas inherentes a la rapidez de los procesos de modernización establecen un momento de ruptura jamás hasta entonces tan intenso y diferenciador. Por esta razón, surgen las ciencias sociales y una serie de movimientos estéticos que buscarán solución a dichos problemas. El Constructivismo, surgido en la Rusia

postrevolucionaria, y la Arquitectura Internacional son soluciones socio-económico-arquitectónicas de carácter homogeneizante que permiten leer la pérdida de identidad regional, en aras de responder a las novísimas exigencias del progreso basado sólo en el desarrollo económico capitalista o socialista y del desequilibrio social que, hemos dicho ya, es inherente a estos racionalismos unidimensionales.

Sin embargo, Europa vive estos procesos dentro de un sentido de historia, propio de la misma modernidad originaria que tiene su nacimiento en Europa misma. Por ello, en Europa hay una actitud de cuidado hacia su patrimonio cultural, hacia su historia representada en los monumentos arquitectónicos y humanos, hacia su propia memoria colectiva construida a través de siglos. Estos aspectos, representan la posibilidad de identificación cultural.

En cambio, los procesos de modernización, llegados a Colombia como modelos, producen situaciones y rupturas bien diferentes. Lo que ha permitido ciertas condiciones de "autodefinición" de las diferentes regiones colombianas es la vida cotidiana que establece serias relaciones de pertenencia con el medio. La vida cotidiana de las comunidades, es de gran fuerza en la constitución de lo que se ha llamado identidad cultural. Por medio de aquella, ésta se desarrolla en sus diversas facetas, constituyendo imaginarios colectivos muy fuertes que no permiten la pérdida absoluta de identidad.

En el inconsciente colectivo de nuestras comunidades, existen elementos de una riqueza incalculable que corresponden a diferencias histórico-culturales. Estos elementos potencian día a día, lo que Frampton llamaría cultura



Alfred Kubin
«El Barón de Münchhausen,
saliendo de la ballena»
Grabado. Coburg. 1947

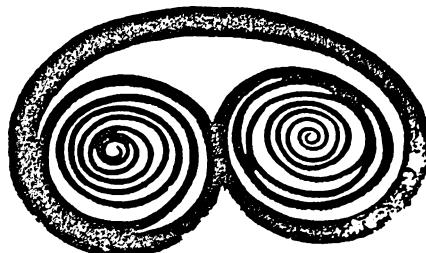
de resistencia, o regionalidad crítica; la actitud de las culturas de resistencia, es de guerra. Es una lucha a muerte, frente a los embates de un modernismo despersonalizante y homogeneizante. Aspectos como la formación de los centros político-administrativos, para mantener un eje articulador de las diferentes regiones del país a través del mercado y de los procesos de culturización en general, es fundamental, para la comprensión de la génesis de los procesos urbanos en Colombia, muchos de ellos característicos de un modernismo reductivo; la cultura del mercado, con la ética burguesa de fondo, está en la génesis de estos centros político-administrativos.

La escisión y la disgregación, la perversión y la inversión de valores está presente, en los complejos procesos de construcción de la cultura regional. Sin justificar, por supuesto los dolorosos hechos de violencia y horror por los que han pasado nuestras comunidades, podemos decir que base del estado de violencia que ha caracterizado a Colombia puede ser esta disgregación y perversión de sentido de mundo. Algo similar sucedió en Europa: la Modernidad política y económica se constituyó a base de guerras fratricidas, revoluciones sangrientas y lucha de clases. La identidad de una persona o de una comunidad, no se construye fácilmente. Si el yo en su movimiento propio es un no-yo; si éste es polo del yo, elemento constitutor del yo en su dialéctica constante, la muerte y la vida son parte de la constitución de la identidad histórica cultural de una nación.

Sin embargo, Colombia nace sin haber constituido conceptos como el de historia, nación, sujeto moderno, racionalidad, moder-

nidad, postmodernidad. Nos preguntamos entonces, si es posible la modernización del estado colombiano, de la universidad colombiana, del arte colombiano, de los colombianos, cuando pertenecemos, desde el inconciente colectivo propio regional nuestro, al mundo de lo sagrado en la mayoría de los aspectos de nuestra cotidianidad? Sentimos más cercanos los rituales mágicos que el pensamiento galileano. Y ésto, no es una subvaloración de nuestra cultura. Antes bien, ¿no será que debemos abrirnos a los procesos de modernización, dado que pertenecemos al concierto (o desconcierto) del mundo, del planeta, sin perder nuestro sentimiento común hacia lo sagrado?

Fueron el oro, las tierras y el comercio; la arriera y los caminos; las fiestas y los carnavales; los apellidos y las familias, la vida cotidiana, la fortaleza de los hombres para doblegar las selvas y conquistar las geografías; la capacidad de las mujeres para el trabajo; la fe cristiana, las manifestaciones estéticas, las leyendas de sus actos contados lo que difusamente creó y ha seguido creando imaginarios colectivos que son motivo y dan significación a la conducta colectiva de las regiones típicas colombianas.



Por supuesto, estos elementos de significación y motivación, se han ido modificando con el paso de los modelos de modernización, como son la urbanización, que establece ya la contradicción en grados, y manifestada de manera fenomenológica, entre ciudad y campo (otro elemento que manifiesta la escisión radical de la modernidad) y el crecimiento de cada una de las regiones y localidades. A la altura de este momento histórico, particular para cada una de ellas, existe ya una mayor comunicación interna y con el mundo entero, específicamente, con Europa. Se estructura, por ejemplo el fenómeno red de influencia cultural de los anglicismos, los afrancesamientos, y en general el deseo de las clases boyantes desde el punto de vista económico, de imitar modelos y maneras europeas, con una gran trivialidad, la mayoría de las veces.

Las determinantes de una identidad escindida desde su interior, hace trágico el signo de lo colombiano. Por ello, son: la esfera del duelo, por la culpa de la separación, arraigada en la cultura católica colombiana y la esfera del trabajo, como forma de expiar la culpa presente en el inconciente colectivo, las esferas que más identifican al hombre colombiano.

La realización territorial de la caída, se expresa en el arduo trabajo que debe caracterizar el alma colombiana. A América y a Colombia les ha correspondido ser el sitio de expiación de la culpa.

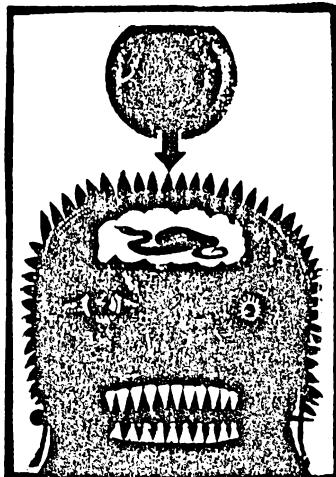
Por ello, la esfera del trabajo, se relaciona de forma muy directa, con este primer fenómeno identificadorio, que a su vez significa desarraigado. La fundación de la mayoría de las ciudades colombianas, tiene sentido una vez

identificadas las regiones a través de elementos comunes. Uno de ellos, es el trabajo, como una esfera importante de relación entre los hombres; ésto confirma, por ejemplo, el arduo trabajo en la construcción de caminos y casas, que progresivamente van dando nacimiento a las ciudades. Si, Steiner, citando a T.S. Eliot (Notas con miras a definir la cultura), dice que "la cultura no es la mera suma de varias actividades, sino que es un estilo de vida", ese estilo de vida es construcción del hombre social que en su especificidad es portador de cultura, hacedor de cultura. La cultura no es factor secundario, como se ha pensado comúnmente, en los procesos sociales, sino la esencia de los mismos; es el mundo simbólico que moldea nuestra percepción de la realidad dotándola de sentido e intencionalidad. La cultura urbana, entonces, es el mundo simbólico más alejado de la naturaleza objetiva; el dinero como mediador de los procesos de intercambio comercial, y como elemento fundamental de integración social, es uno de los conceptos más abstractos a que ha llegado el hombre. Por ello, es en la ciudad moderna, donde las relaciones entre los hombres se manifiestan a través de elementos muy abstractos, contrario a lo que sucede en el campo, donde el hombre está muy mediatisado por la naturaleza, en la cultura urbana, las mediaciones se dan a través de artefactos, nueva imagen del mundo.

La concepción de mundo a través del artefacto, es un paso significativo en el distanciamiento progresivo del hombre con respecto a la naturaleza objetivada, paso que determina conceptos como recurso natural y calidad de vida. El concepto de recurso natural, inherente al racionalismo científico y al desarrollo

tecnológico, reduce la naturaleza a cifras. Centra el devenir del ser en el devenir del hombre, lo cual lleva al desequilibrio permanente que aqueja hoy día nuestro medio ambiente. La calidad de vida, sólo es pensada en calidad de vida para el hombre, dentro de esta racionalidad restringida, todo otro concepto de vida, es pensado en función del hombre.

Es necesario, entonces, descentrar, a través de un proyecto de educación integral, los conceptos de medio ambiente, mundo, vida y cultura, de ciertos sujetos cuyos



Uwe Bremer
(Rixdorfer Presse)
"La Gran Aventura",
de H. C. Buch, 1970

intereses instrumentales, con respecto a la naturaleza objetivada, han llevado a los desafueros de los procesos de modernización misma.

El orden social es posible solamente si hay participación colectiva de sus miembros en la vida simbólica. Las personas actúan de acuerdo con núcleos simbólicos y valorativos, que se tornan en rectores de la cultura. En los momentos de confusión y crisis

como los actuales, no hay unicidad en la representación simbólica de un grupo social, por lo que algunos segmentos lideran procesos de construcciones contrapuestas con frecuencia a los entramados simbólicos anteriores. Se presentan así las "contraculturas", que al imponerse dejan de serlo para jalonar la nueva percepción social. Desde esta perspectiva, la cultura no es una simple ideología, aunque la define; es más que una representación refleja de otras instancias sociales, es más que una simple superestructura, que un epifenómeno determinado por los procesos económicos. Y aún cuando ha habido momentos de construcción racional de la cultura, como en el caso de la modernidad, las principales representaciones simbólicas son construcciones irracionales, intuitivas, que se generan por complejos fenómenos sociales, con frecuencia incontrolados. No siempre somos conscientes de la gramática de nuestra propia cultura. Parte de nuestra investigación es hacer aflorar la gramática de la cultura como horizonte ambiental urbano, afloración complicada y del todo sorpresiva.¹⁰

La conducta social es entonces el resultado de múltiples componentes o factores. La cultura comprende símbolos, valores, normas y objetos. La tecnología, como saber específico, está inmersa en un orden simbólico, con sus propios valores y símbolos, y mediatisa dicho orden con instrumentos específicos; es otra manifestación de la cultura.

Hay una dinámica de la cultura que se traduce en actuaciones cotidianas de la comunidad y que son lo esencial de dicha comunidad. A este contexto es al que los estudiosos de la cultura podrán acudir, para desentrañar los

profundas implicaciones de la diversidad.

Las culturas con mayor grado de enajenación, tienden a buscar la destrucción o en su sentido negativo, la autodestrucción, porque no soportan la diversidad. A la inversa, sucede con las culturas soberanas, en grado relevante. Estas buscan compartir la vida cotidiana, en la comprensión de la diferencia. Las otras, la muerte cotidiana de ese yo escindido, en proceso de fragmentación, es decir, la pérdida de identidad propia, la enajenación del yo.



La naturaleza objetivada, reducida a recurso, mediatisada al máximo por el dinero, es la que sufre las consecuencias de ese sentimiento autodestructivo. El deseo de enriquecimiento, la egolatría "humanista", el sentido monopolista de los modelos de modernización, se convierten en armas contra la misma naturaleza y el mismo hombre. El desarrollo de la intelectualidad con base en el discurso lógico y monológico racional, está en crisis. Es necesario, entonces, abrir el discurso a la diversidad, desde el punto de vista del reconocimiento de los diversos contextos en que se mueve la vida cotidiana de las

comunidades. El reconocimiento de la diferencia, de la diversidad, puede ser factor decisivo para la reconciliación de ese yo fragmentado. Y, pensamos que la reconciliación está en América. A quinientos años de haber sido encontrados por los europeos, (dato que Colón nunca supo), América se configura como cultura de la reconciliación con base en la diversidad, no sólo biológica sino cultural. Por eso ningún discurso monológico ha podido dominar a América, en cambio un artefacto mágico como el espejo, o el arma de fuego, sí. Esto mirado metafóricamente es en el fondo de nuestro modo de ser, la posibilidad de riqueza cultural de orden espiritual y material, natural y racional, que nosotros mismos estamos descubriendo. Estamos comenzando nuestro autodescubrimiento.

"de nuestros estados húcidos" p. 84

5) HEIDEGGER M. *La Voluntad de poder como arte in. Nietzsche*, editado por Ramón Pérez Mantilla. Temis. p. 112 y s.s.

6) *La postmodernidad pregunta por ese ámbito, olvidado en la modernidad occidental*

7) STEINER G. *En el Castillo de Barba Azul. Hacia un nuevo concepto de cultura*.

8) *Ibidem*

9) PEREZ DE BARRADAS. "Antigüedad en el uso de la coca en Colombia" Revista de la Academia Colombiana, Num. 11, p. 325. Bogotá, 1940. in ARANGO Mario y CHILD Jorge. *Narcotráfico: imperio de la cocaína*. p. 14.

10) Cfr. ECHEVERRI, J. *Notas sobre cultura y postcultura*. Inc: NOVUM No. 9.

1) Cfr HABERMAS J. *Discurso Filosófico de la Modernidad*. Buenos Aires: Taurus. p.p.11 y s.s.

2) *No sólo se habla del sujeto psicológico particular, sino del sujeto trascendental, concepto muy debatido hoy día por el pensamiento postmoderno*.

3) Cfr. HORKHEIMER Y ADORNO. *Dialéctica de la Ilustración* y HUSSERL E. *La Crisis de las Ciencias Europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica, p.p. 20 y ss.

4) Cfr. BEGIN Albert. *El alma romántica y el sueño*. México: F.C.E.

Es decir, el mundo sagrado, el mundo de dios, en el cual los artistas románticos encuentran la reconciliación.

"La única conciencia verdadera que existe es la conciencia de Dios, o la conciencia que Dios quiere prestarnos y que no se confunde con la evasión"



El descubrimiento de las
Antillas por Colón.
Grabado en madera
procedente de la *Epistola
Christofori Columbi de
1494*.
Foto: Bildarchiv
Preussischer Kulturbesitz